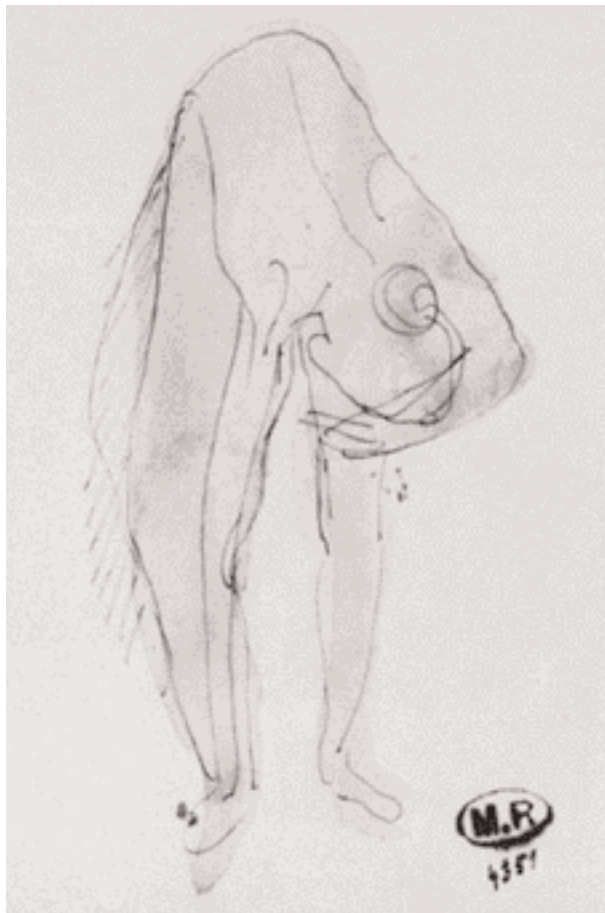




J. J. Armas Marcelo:

el buscador de oro

Mónica Lavín



Auguste Rodin, *Mujer desnuda inclinada hacia adelante, s/f*



Auguste Rodin, *Bailarina desnuda de perfil, s/f*

Casi todas las mujeres en la vida amorosa de Néstor Rejón desfilan por las páginas de la novela más reciente y del mismo nombre del escritor J.J. Armas Marcelo que le valió el II Premio de Novela Ciudad de Torrevieja. *Casi todas las mujeres* es el tránsito intenso por las geografías territoriales y amorosas, por los abismos personales en las pulsiones de los sentidos y la pasión y contra la decadencia del escultor de oro, del na-

cido en la isla de Salbago, bajo el sol tutelar de su abuelo Frasco Rejón, última pieza de una estirpe de riqueza lentamente disminuida.

La historia comienza cuando el escultor de oro, con fama y riqueza acumuladas, conoce a la joven Sarah d'Allara en el brindis de una exposición. Los amantes de ambos son testigos del encuentro de miradas que rubrica el nacimiento de una relación: una manera de

compañía y pasión inédita en la vida de Néstor Rejón. El amante de prosapia, cosechador de intensidades, el buscador de oro encuentra finalmente en esa pieza única, la estudiosa de Lampedusa, la siciliana Sarah d'Allara, que reúne en su juventud y su vehemencia por el autor de *El Gatopardo*, el puerto de arribo. La historia se cuenta a partir de la amenaza que significa para Néstor Rejón la aparición de Antonio Cabré, "Limpito", la pareja que Sarah d'Allara abandonara al toparse con Néstor. Juventud y madurez se darán encuentro en Taormina, en la hermosa villa que habitan el escultor y la estudiosa en idílico paisaje de sus sueños, de la apacibilidad y ferocidad que a los dos habita.

Con una estructura descollante que inserta al presente el pasado, J.J. Armas Marcelo nos lleva a través de los descubrimientos del oro en la vida de Néstor Rejón: el oro de las mujeres y el oro de las minas. La pepita de oro de Ela, la chica que lo cuida en su infancia en Salbago; el oro líquido de Teresa Amador, la adolescente del pueblo; el oro abrasante de Carmen Zárate, la colombiana fogosa en Bogotá; de Berta Solán, la compañera, esposa y madre de sus hijas en Madrid; de Rosa Moral, la amiga de Berta Solán enamorada de Philippe a quien Néstor no puede sustituir en el París que desea conquistar el escultor; el oro irremediable de Mirta Casares, la actriz que ha ido a probar suerte a Nueva York —como Néstor— huyendo de la cárcel del fracaso con su antigua relación; el oro aterciopelado de Ana Trejo, la arquitecta capaz de reproducir un espacio para los amoríos clandestinos en Barcelona. Peldaños necesarios para saber que "siempre hay más hombres y más mujeres —como bien le enseñó Torcuato Figueroa, el viejo minero colombiano al escultor— y que luego él comprendería "siempre habría más hombres en la vida de cualquier mujer y siempre aparecían más mujeres en la vida de un hombre". Esos

hombres secretos escondidos en los pliegues de las fantasías de las mujeres, las mujeres ocultas en los recovecos de los sueños y pesadillas de los hombres

habitan a casi todas las mujeres que ha amado Néstor Rejón y que le han prodigado su amor para llegar peldaño a peldaño a la mirada de dios, que es la manera en que el artista describe la aparición de Sarah d'Allara en su vida. Sarah d'Allara es todas las mujeres, es la mujer joven que permite al escultor rejuvenecer, la que le otorga su lugar de príncipe en su noble decadencia. Mientras ella busca los pormenores de la vida de Giuseppe Tomasi de Lampedusa, el creador de Fabrizio de Salina, el fabulador de la saga familiar y la decadencia de los Gatopardos, Néstor Rejón encuentra que la eternidad para Lampedusa, muerto a los sesenta y

seis años, está en su obra, en la novela que hubiera querido ver publicada en vida. Que como toda obra clásica se había convertido —parafraseando a Néstor Rejón— en cicatriz imborrable sobre el paisaje de la piel y la memoria de la historia. La eternidad de Néstor Rejón, su manera de ahuyentar la vejez y la decadencia que lo persigue, que le vuelve desde el retrato de su abuelo Frasco Rejón con su bastón de oro, es amar a Sarah. A través de la completud amorosa con Sarah d'Allara, de la pasión física frecuente, imaginativa y apasionada, Néstor roza la eternidad. El gambusino, el buscador de oro, el hombre capaz de obtener, del metal amarillo y mítico, siluetas y provocaciones, ha encontrado la veta más clara en Sarah d'Allara.

Situada en los momentos en que España se anexa a la invasión de Iraq, en medio de discusiones sobre el papel de España en esa guerra, mientras Néstor afirma que la única revolución verdadera es la francesa, asistimos a las constantes reflexiones del exquisito, del sibarita, del hombre pródigo en fantasías sensuales, del adorador de las mujeres, del imán de damas hermosas que en el fulgor de su éxito profesional encuentran el gozo de su poderío amatorio. Para cada dama adorada en los distintos momentos de su vida crea una pieza única. Algunas sin posibilidad de ser entregadas, como la que corresponde a Ela: el primer oro, el oro prohibido de sus tibiezas infantiles. Ofrenda a las mujeres de su vida para llegar al altar mayor, en la ple-



Auguste Rodin, *Mujer cubierta, sedente, s/f*



Auguste Rodin, *Mujer envuelta en sus velos*, s/f

nitid de los sentidos y la inteligencia, de su sabiduría amorosa, para encontrar en la juventud de “Limpito”, el joven con quien se batirá a duelo, la única amenaza irrefutable. El paso del tiempo y la decadencia son temas constantes de las preocupaciones de Rejón visibles en sus pensamientos y discusiones acerca de Lampedusa y de su propia vida.

El lector asiste —en asombroso banquete— a las alusiones cinematográficas y literarias propias de la cultura y el apetito estético de Rejón (y sin duda del autor): Visconti, Burt Lancaster en la película *El Gato-pardo*, *Esplendor en la hierba* y Walt Whitman proveyendo el verso para que la belleza permanezca en el recuerdo aún cuando el esplendor de la hierba ya no sea visible, *Cinema Paradiso* filmada en Palazzo Adriano, *El momento del príncipe* de Roberto Andó. *Pirandello y Sicilia*, de Leonardo Sciascia, donde la mujer de D.H. Lawrence, cuenta el narrador, fue amante del abuelo de Sarah d’Allara. La casa de los Lawrence en Taormina, el pueblo natal de Sarah, donde también pasó un tiempo Truman Capote. Goethe, que en su *Viaje a Italia* dijo que en Sicilia estaba la clave de todo, Stendhal que no había ido a Sicilia pero que había escrito sobre ella. Y la *Odisea* de Homero, el viaje, la búsqueda, el recorrido para llegar al principio que no estaba en el principio, Lighea la sirena del relato de Lampedusa.

La sirena de Néstor. Porque si Sarah es el olor del oro en otoño, esa fineza última e intensa de los sentidos en el ocaso, Sicilia es el territorio donde se conjuran juventud y decadencia, inmortalidad y adoración. Allí, en la estación otoñal donde Néstor Rejón es capaz de percibir el olor del oro, en su voluntad amorosa y placida ronda la altura de nobleza del leopardo de la casa de Donnafugata. La casa del príncipe de Lampedusa, el autor de la obra que aparecería impresa por Feltrinelli después de muerto. Las pasiones de Néstor y Sarah convergen con exactitud precisa en lo que cada uno es para el otro, Sarah el oro del escultor gambusino, Néstor el Gatopardo de la estudiosa de Lampedusa. Un intercambio donde la sorpresa, revela el narrador, la rutina de la sorpresa se había instalado.

Néstor Rejón se batirá a duelo con el joven “Limpito” en su casa de Taormina, aunque su astucia y sensibilidad le han dado una ventaja sobre la decadencia física:

sabe que casi ningún hombre llega jamás a comprender que nunca se llega al fondo verdadero de una mujer inteligente y hermosa, y mucho menos intentándolo por todos los medios.

El lector de esta nueva novela de J.J. Armas Marcelo transitará por el poderoso recorrido del protagonista a través de sus búsquedas artísticas, amorosas, territoriales, de origen y de su tiempo personal acompañado por una riqueza estética, sensorial y reflexiva. *Casi todas las mujeres* es un viaje intenso, gozoso, donde el oro brilla en la caldera de las pieles fundidas, en las constantes preguntas acerca del amor y las relaciones amorosas donde el protagonista no encuentra en la rutina matrimonial la respuesta a su propia naturaleza amorosa. ¿Volver como Ulises a Ítaca para reunirse con Berta Solán o descubrir que Ítaca está en otro lado? En los descabros y despedidas donde el autor encuentra su ser más pleno, en el oro que refulge como nuevo al final del camino.

¿No es la búsqueda del amor un principado al fin, un territorio donde reinar el uno para el otro? El oro y el príncipe. Eso es lo que nos propone J.J. Armas Marcelo entre un enjambre de exquisiteces arquitectónicas, literarias, gastronómicas, eróticas y de profundas cavilaciones alrededor del amor y del tiempo. Una historia de altura amorosa, donde lo mítico es carne para comulgar con los dioses bajo el oro de las estrellas. La historia de la búsqueda y el arribo. Del mítico territorio a donde todos deseamos llegar sea con la paciencia del minero o la locura de la fiebre del oro. ■

J.J. Armas Marcelo, *Casi todas las mujeres*, Plaza Janés, Barcelona, 2004, 360 pp.